

**20
20**

plan2020

ganar al Partido Popular
gobernar España

Pablo Iglesias

Aunque tenga un redactor, este documento se ha preparado con propuestas e ideas de muchas de las personas que forman parte del equipo de Podemos Para Todas (Irene Montero, Juan Carlos Monedero, Carolina Bescansa, Pablo Echenique, Sofía Castañón, Rafa Mayoral, Laura Casielles, Manolo Monereo, Juanma del Olmo, Estefanía Torres, Txema Guijarro, Ione Belarra, Julio Rodríguez, Ana Domínguez, Ramón Espinar, José Coy, Isabel Franco, Alberto Rodríguez, José Manuel Calvo, Belén Guerra, Ariel Jerez...) y de algunos miembros del equipo de la Secretaría General (Laura Arroyo, Francis Gil, Ángela Vázquez, Pedro Antonio Honrubia, Beto Vasques, Luis Juberías, Irene López, Pablo Prieto, Dina Boussselham, Ricardo Sá Ferreira...). Pero también con ideas, propuestas y sugerencias que me han facilitado compañeras y compañeros con otras opiniones y sensibilidades, tanto de dentro como de fuera de Podemos (como Íñigo Errejón, Miguel Urbán, Teresa Rodríguez, Nacho Álvarez, Xavier Domènech, Alberto Garzón, Pablo Bustinduy, Carlos Fernández Liria, *Tone* Gómez-Reino Varela, Yolanda Díaz, Ramón Luque, Guillermo Zapata, Emmanuel Rodríguez, Montse Galcerán, Carlos Prieto, Jorge Verstrynge, Juan Andrade o Manuel Canelas).

Índice

La nueva transición	6
La primera Transición y el régimen del 78	6
La crisis y sus oportunidades	7
a) El contexto internacional de transición geopolítica.	7
b) Europa en crisis	8
c) La crisis en España	9
El surgimiento de Podemos	10
«Vistalegre I»: la máquina electoral	11
El bloqueo	13
Un régimen débil y un gobierno no tan débil: el epílogo de Rajoy	17
El efecto <i>poltergeist</i> y el bloque de la restauración	19
Las claves de la nueva transición: el fin del miedo	21
Tareas políticas.	23
Un bloque político y social alternativo para un nuevo país	23
El trabajo institucional: las instituciones al servicio de la gente	24
a) Los Ayuntamientos del Cambio	25
b) Los Parlamentos autonómicos	25
c) El Congreso y el Senado	26
d) Empujando desde fuera: la dialéctica movimiento-institución	27
Avanzar posiciones electorales en 2019	27
Ganar las próximas elecciones generales	28
Las confluencias: una alianza estratégica	29
La defensa de los sectores estratégicos	30
Tareas organizativas	32
No podemos parecernos a los partidos viejos	32
El reto de las elecciones municipales y autonómicas de 2019	33
Una organización descentralizada y plurinacional.	34
Aprender de los errores para mejorar.	35
Un modelo de participación del siglo XXI	36
Despatriarcalizar Podemos	37
No somos políticos, sino gente haciendo política	38
Un ensayo general del futuro gobierno	40

Objetivo: El presente documento está concebido para favorecer un debate en Podemos de cara a nuestra II.ª Asamblea Ciudadana. Nace con una **voluntad unitaria**, entendiendo la unidad como la capacidad de hacer que ideas distintas puedan complementarse, reforzando una dirección estratégica y unos objetivos comunes; porque **solo un Podemos unido y fuerte podrá liderar** —desde la fraternidad, el compañerismo y el respeto a la diversidad— **una confluencia política, social y popular de cambio** que sea **capaz de ganar al PP** (y a las **élites** que representa) y **gobernar España**.

Contenido: En el texto se reflexiona sobre el **proceso de transición que vive España en el contexto europeo e internacional** y sobre el **papel de Podemos** en él; y se señalan los que entendemos deben ser nuestros **objetivos fundamentales** para los próximos cuatro años y las **tareas políticas y organizativas** que habría que desarrollar para llevarlos a cabo. Debemos prepararnos, y debemos hacerlo desde ya, para conseguir un doble objetivo: **ganar social y políticamente al PP** (y a las **élites** que representa) y **gobernar nuestro país**; es decir, debemos prepararnos, en primer lugar, para **revalidar las victorias electorales de los Ayuntamientos del Cambio y ampliar esa victoria a otros municipios y comunidades autónomas** en 2019 y, en segundo lugar, para **ganar las próximas elecciones generales** en 2020.

En lo que atañe al ámbito organizativo, debemos demostrar que es posible combinar la transparencia, la pluralidad y una mayor participación de las inscritas y de los inscritos en Podemos con el hecho de ser un **instrumento unitario, tanto hacia dentro del partido como hacia las confluencias y la sociedad civil**.

«Vistalegre II» representa una prueba de madurez para Podemos. **España vive una tensión entre restauración y cambio** tras un periodo en el que, aunque no hayamos logrado todos nuestros objetivos, hemos impulsado dinámicas difícilmente reversibles que apuntan hacia un proyecto de **país soberano, social, más justo e igualitario, plurinacional, más democrático**.

co, más moderno, y donde la igualdad entre mujeres y hombres sea por fin una realidad. Ahora el desafío que afrontamos es demostrar que somos capaces de seguir siendo un instrumento que contribuya, junto con otros, a hacer posible el impulso constituyente que necesita España.

Hemos cambiado nuestro país. La corrupción ya no se acepta con resignación; a los políticos que hacen mal las cosas no se les recompensa; a los políticos corruptos no se les celebra; los machistas, sean en la política, en el periodismo, en la universidad o en la empresa, ya no campan a sus anchas; la monarquía no puede seguir comportándose como si España fuera su cortijo; las empresas de servicios básicos se sienten señaladas cuando ponen los beneficios por encima de la gente... **Queda mucho por hacer, pero estamos cambiando nuestro país.**

Modo de uso: Este documento es un **material de trabajo:** solamente será útil y podrá contribuir al cumplimiento de los objetivos que en él se exponen si se debate en los Círculos y entre las personas inscritas en Podemos.

Así que crítico o mejóralo, pero no dejes de discutirlo con otros (familiares, amistades, compañeros de trabajo o estudio, vecinas y vecinos), en tu Círculo o en las redes sociales.

La nueva transición

La primera Transición y el régimen del 78

El **régimen del 78** da nombre al **sistema político español vigente desde la promulgación de la Constitución de 1978 hasta las elecciones generales de diciembre de 2015**. Ese sistema fue el resultado de **la Transición**, un proceso de transformación institucional que posibilitó el tránsito desde una dictadura hacia una democracia liberal en buena medida homologable al resto de los sistemas políticos de Europa occidental. Vázquez Montalbán definió la relación entre los actores protagonistas de la Transición (la clase política de la dictadura y los jefes de las fuerzas de la oposición democrática) como «una correlación de debilidades», pues las élites del franquismo carecían de legitimidad pero tenían casi todo el poder, mientras que las élites de la oposición democrática (básicamente la izquierda) tenían solo legitimidad.

La Transición tuvo hitos fundamentales, como los referéndums que avalaron la Ley para la Reforma Política (que anticipaba un sistema electoral que terminaría formando parte de la Constitución y consagraría la desigualdad en el voto), la proclamación de la Constitución de 1978 o los Pactos de la Moncloa. Con el golpe de Estado del 23F (que fortaleció a Juan Carlos de Borbón como garante del sometimiento del Ejército a la ley), con la abrumadora victoria del PSOE en 1982, con la incorporación de España a la Comunidad Europea y con el referéndum sobre la OTAN que llevó definitivamente a nuestro país al sistema militar de la Alianza Atlántica se consolidó el proceso político que abriría un tiempo de luces y sombras pero de notable estabilidad.

El sistema del 78 se articuló sobre **dos grandes partidos nacionales** y fue capaz de resistir la **tensión plurinacional** característica de nuestra patria. En el caso catalán, la clave fue un sistema de reconocimiento mutuo entre las élites españolas y las catalanas, que se articularon políticamente en torno a una **CiU** que mantuvo durante décadas la hegemonía en Cataluña. En el caso del País Vasco, el terrorismo de ETA, a pesar de su intensidad en algunos momentos, nunca puso en juego de forma definitiva la capacidad de acción del Estado que, al tiempo que estrechaba la colaboración policial con Francia y hacía de la política antiterrorista un consenso entre los principales partidos, restó progresivamente capacidad operativa a ETA y, sobre todo, apoyo político en Euskadi y Navarra. Por otro lado, la hegemonía política del **PNV** en Euskadi, que garantizaba en buena medida el orden institucional, nunca estuvo en cuestión.

Como en el resto del mundo, durante las tres primeras décadas del sistema del 78 tuvo lugar un enorme desarrollo de la cultura audiovisual y

los **medios de comunicación**, que se consolidaron como actores ideológicos fundamentales con un nivel de influencia sin precedentes. Al mismo tiempo, la política se hizo cada vez más urbana y la España rural fue desatendida por las élites políticas.

La base social que garantizó el éxito del sistema político del 78 fueron unos sectores populares cuya aspiración era convertirse en clases medias y vivir un futuro de modernización y mejora de sus condiciones de vida, un objetivo que hasta cierto punto se cumplió. A pesar del desmantelamiento del tejido industrial y del papel subalterno que la división del trabajo europea reservaba a España, la **mejora de las condiciones de vida** de amplios sectores de la población y la extensión y mejora de los **servicios públicos** fue una realidad durante los años ochenta y noventa del pasado siglo xx.

La última etapa estable del sistema del 78, que precedió a la crisis de 2008, se basó en un **modelo de desarrollo** sustentado en la **especulación inmobiliaria** y en el **consumo mediante el crédito ilimitado**, que pronto demostraría sus debilidades en un país con una estructura productiva débil y que había transferido buena parte de sus atribuciones soberanas a Europa.

Con la crisis de 2008 comenzó en España una década de transformaciones que culminaría en la nueva transición que estamos viviendo.

La crisis y sus oportunidades

a) El contexto internacional de transición geopolítica

A partir de la crisis del petróleo en los años setenta se produjo un empoderamiento constante de los sectores financieros y se aceleró la integración económica en el mundo capitalista. La **globalización económica** tuvo un **signo político neoliberal**: la desregulación financiera puso fin al sistema monetario y financiero de Bretton Woods. En los países centrales se produjeron privatizaciones y, tras duros conflictos, los trabajadores perdieron capacidad de negociación. Las subidas salariales se contuvieron y se limitaron los instrumentos de protección social. Al mismo tiempo, crecieron las deslocalizaciones productivas hacia áreas periféricas con mano de obra barata y el deterioro medioambiental alcanzó dimensiones inéditas (que, de hecho, ponen en riesgo la propia supervivencia de la humanidad). En los países periféricos y semiperiféricos se impusieron planes de ajuste estructural a veces respetando, hasta ciertos límites, la democracia procedimental (Corea del Sur) y a veces no (Chile tras el golpe de Estado contra Salvador Allende). Fueron tiempos de derrota para

los proyectos emancipatorios y de desgaste progresivo de la URSS y sus países satélites, que se fueron desplomando como un castillo de naipes desde finales de los años ochenta.

Sin embargo, el proclamado «fin de las ideologías» tuvo un recorrido relativo y desde finales de la década de los noventa —y a pesar del estrechamiento de las condiciones de posibilidad de las políticas nacionales en un contexto de globalización creciente— surgieron **adversarios políticos al neoliberalismo** no solo en forma de **movimientos sociales**, sino también de nuevos gobiernos que reivindicaron un nuevo papel del Estado. En América Latina, en contextos de grave crisis económica y de Estado, formaciones políticas soberanistas y progresistas ganaron elecciones e iniciaron programas de reforma nacional y continental de desigual recorrido. Paralelamente, frente a la vieja hegemonía absoluta de Estados Unidos en los ámbitos políticos y económicos, emergieron nuevas y viejas superpotencias como China y Rusia. Aún sin la presencia del viejo *fantasma* tal y como se conoció en siglo xx, el mundo vive una **transición geopolítica de redistribución del poder** que ha desplazado el centro económico del norte atlántico al sur y al este asiáticos, que ha revelado los problemas de la austeridad fiscal para mantener la estabilidad política en la Unión Europea y que ha asistido a la emergencia de los BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica). La victoria de Trump en EE.UU., acusado por las instancias de seguridad de su propio país de haber sido apoyado por ataques informáticos de la inteligencia rusa, no hace sino aumentar los interrogantes sobre la evolución geopolítica de los acontecimientos.

b) Europa en crisis

El neoliberalismo europeo que sucedió a la recesión económica de los años setenta determinó la dirección política de la Comunidad Económica Europea, lo que supuso un **debilitamiento progresivo de los Estados del bienestar**. La desaparición del bloque del Este y la reunificación alemana constituyeron después el mejor empujón para la expansión del poder financiero y el predominio alemán en Europa, que adquirió rango constitucional con el Tratado de Maastricht en 1992, por el que los Estados entregaban la soberanía monetaria al Banco Central Europeo. Tras Maastricht, los mecanismos de intervención en la economía por parte del Estado quedaron reducidos a los recortes, la contención salarial y hasta cierto punto la política fiscal (comprometida por los criterios de convergencia y el Pacto de Estabilidad); o dicho en plata: en la Unión Europea de Maastricht y del Tratado de Lisboa la capacidad de los gobiernos para tomar decisiones políticas macroeconómicas nacionales es más que escasa.

Sin embargo, la crisis de 2008 —que comenzó en Estados Unidos como crisis hipotecaria—provocó en Europa efectos desastrosos, sobre todo

en los llamados despectivamente PIIGS (Portugal, Irlanda, Italia, Grecia y España), donde millones de personas perdieron sus empleos y sus viviendas y donde los sistemas de salud y educación públicos se deterioraron, produciendo una notable inestabilidad política. En la europeriferia, la respuesta de los gobiernos (ya fueran conservadores o socialdemócratas) fue básicamente desplazar la carga y las consecuencias de la crisis de los bancos a la gente, aplicar recortes y precarizar el mercado de trabajo. Alemania y sus aliados defendieron la aplicación inmediata de planes de austeridad en los países del sur, unos planes que jamás aplicarían ellos a sus ciudadanos (de hecho, los presupuestos de la Unión Europea para 2014-2020 representaron un éxito de Alemania). No obstante, las crisis políticas han terminado afectando también a otros países mejor posicionados económicamente, como Francia (ascenso del Frente Nacional) o el Reino Unido (decisión, tras la celebración de un referéndum, de abandonar la UE).

c) La crisis en España

España, que fue en el pasado un ejemplo de *éxito* económico para los partidarios de la moneda única y del Tratado de Lisboa, enfrentó y enfrenta una situación social humillante, consecuencia de un modelo de desarrollo fundamentado en burbujas inmobiliarias y pelotazos urbanísticos, que administraron y promovieron los viejos partidos del régimen del 78.

Las políticas de recortes aplicadas en la última etapa de Zapatero y continuadas por Rajoy para afrontar la crisis económica fueron determinantes para desencadenar la **crisis de régimen** que abrió una estructura de oportunidades políticas inédita. La clave fue el ensañamiento con amplísimos sectores populares fruto de las políticas de austeridad y recortes aplicadas, y sobre todo la terrible frustración de expectativas que en ese contexto afectaron a las clases medias sostenedoras de los consensos sociales y a los sectores populares.

El **15M** fue quizás la válvula de escape más obvia de aquellas frustraciones que, sin embargo, no se expresaron con una gramática política clásica, por lo que sorprendió a la izquierda contraria a las políticas de austeridad. Como dijimos desde el principio, el 15M reveló las impotencias de buena parte de la izquierda políticamente existente en aquellos momentos, pero proporcionó también muchos de los ingredientes de un **nuevo sentido común** que se expresaba en el **rechazo a las élites políticas y económicas** (a las que nosotros comenzamos a llamar casta) y en la **reivindicación de democracia y soberanía**. Aquel nuevo sentido común antioligárquico no se podía entender solamente mediante la geografía ideológica tradicional izquierda-derecha y abría posibilidades de

articular un nuevo espacio político. El 15M inició además un ciclo impugnatorio de amplia movilización social, con momentos de flujo y reflujo, que tuvo como máximos exponentes la PAH y los colectivos de vivienda y las mareas, y que llegó al menos hasta las Marchas de la Dignidad de la primavera de 2014.

El PP sumó grandes éxitos electorales en 2011, pero la derrota del PSOE, el partido más importante del sistema político del 78, fue ya entonces muy severa. Hoy no lo parece tanto a la vista de su situación actual, pero no hay que olvidar que el PSOE perdió entonces casi el 40% de los votos recibidos en 2008. Se percibían ya entonces movimientos en el sistema de partidos, incomparables con los que provocó después Podemos, pero notables. Antes de nuestra irrupción electoral las encuestas indicaban el descenso de los apoyos electorales al PP y al PSOE, mientras que IU, UPyD e incluso Ciudadanos (hasta entonces un partido de ámbito catalán) mejoraban ampliamente sus expectativas. El sorprendente resultado de Alternativa Galega de Esquerda (AGE) en las elecciones gallegas de 2012 bajo el liderazgo de Xosé Manuel Beiras revelaba ya entonces nuevas posibilidades políticas si se sabía entender que el momento requería hacer sonar una música distinta. En Cataluña, CiU perdía terreno ante una ERC que aspiraba ya a hegemonizar electoralmente un proceso soberanista que vertebraba entonces el conjunto del descontento social catalán y emergían poco a poco las CUP como opción electoral cada vez más real. En Euskadi y Navarra, la izquierda abertzale volvía a la competición electoral con unos resultados sorprendentes en las elecciones generales (nada menos que siete diputados y tres senadores, unas cifras que contrastan con los dos diputados y ningún senador de las dos últimas elecciones generales), que amenazaron por primera vez la hegemonía electoral del PNV.

Ya en 2012, cuando Podemos apenas era una idea borrosa en nuestras cabezas, el diario *El País*, en un editorial titulado «La urgencia de pactar», llamaba a los partidos del régimen (PSOE y PP) a ponerse de acuerdo. Nadie podrá negar a los editorialistas de este periódico la tenacidad en un propósito que finalmente se ha consumado.

El surgimiento de Podemos

Con esas tendencias ya establecidas aparecimos nosotros para terminar de alterar el tablero político. Ese *nosotros* de entonces está lejos de lo que Podemos representa hoy. En enero de 2014 Podemos era apenas un grupo de cuadros con experiencias intelectuales y militantes muy concretas; *La Tuerka* como espacio de reflexión y experimentaciones en la comunicación; las reflexiones académicas sobre los procesos de cambio

en América Latina; algunas experiencias militantes superpuestas y diversas (en Izquierda Anticapitalista, en Juventud Sin Futuro, en el movimiento estudiantil, etcétera). Aquel era el modesto patrimonio político de un equipo que a las ganas de cambio expresadas en el 15M y por múltiples iniciativas que no llegaban a configurar una alternativa electoral —como el Frente Cívico y otras experiencias— unía esta vez una figura mediática dispuesta a ponerse al frente. Hasta tal extremo era magra nuestra capacidad que nos vimos obligados a estampar la cara de quien escribe en una papeleta electoral; una situación que se repetiría después en las elecciones municipales en Barcelona con Ada Colau.

Aquel Podemos de las elecciones europeas despertó grandes ilusiones que no solo se concretarían en un **resultado electoral impresionante** (1,3 millones de votos y 5 europarlamentarios), sino también en la formación de los **Círculos Podemos** como espacio militante y popular. Debemos estar orgullosos de aquella etapa y de aquel espíritu que está en nuestro ADN, pero es absurdo reivindicar hoy «la vuelta a los orígenes». Entonces teníamos unos objetivos ambiciosos a largo plazo (los mismos que ahora), pero nuestra aspiración inmediata era irrumpir; algo completamente diferente a la desgastante gincana electoral que tuvimos que vivir después (siete procesos electorales sin pedir dinero a los bancos) y absolutamente distinto al momento actual en el que gobernamos, junto con otros compañeros, los principales Ayuntamientos de nuestro país. Si no comentemos errores de inmadurez, podemos consolidarnos como la principal fuerza de oposición político-social y avanzar posiciones sociales y electorales para intentar ganar las próximas elecciones municipales, autonómicas y generales.

«Vistalegre I»: la máquina electoral

Tras las elecciones europeas afrontamos un difícilísimo proceso de organización para **construir Podemos como máquina electoral** preparada para asumir una complicada agenda de comicios. El tipo de partido que surgió de **Vistalegre en 2014** respondía a esa necesidad, aunque ello no justifique algunos de los errores que cometimos entonces. El excesivo poder que los documentos aprobados otorgaba al equipo dirigente, que terminaría concentrándose especialmente en las secretarías general, política y de organización, demostró sus límites cuando se empezaron a producir diferencias políticas —lógicas en una organización democrática— entre secretarías tan grandes y con tanto poder que se habían convertido en aparatos con vida propia. Esas diferencias políticas que enfrentaban no solo a compañeros (sino a aparatos con amplias estructuras de profesionales liberados) pudieron salvarse en los momentos más difíciles gracias a la intervención de los inscritos que, mediante su

participación en diversas consultas, determinaron dos rutas estratégicas cruciales: no apoyar el acuerdo de gobierno del PSOE con Ciudadanos y concurrir a las elecciones generales en confluencia con IU y EQUO en el conjunto del Estado (y no solo en Galicia y Cataluña).

Hoy es un consenso en Podemos que el sistema de tres macrosecretarías todopoderosas no funciona bien para afrontar el momento estratégico actual y es el peor límite a la descentralización y a las garantías a la pluralidad. Que la propuesta de Pablo Echenique como nuevo Secretario de Organización —que condicionó su elección a la aprobación de un plan de reforma democratizadora de la secretaría— fuera aprobada por unanimidad en el Consejo Ciudadano Estatal y recibida con entusiasmo en los Círculos revela hasta qué punto había consenso en Podemos sobre el hecho de que estábamos haciendo mal algunas cosas. Los problemas organizativos no eran responsabilidad en exclusiva del anterior Secretario de Organización: todos quienes redactamos y defendimos los documentos aprobados en Vistalegre (y antes que nadie el que esto escribe) somos corresponsables de un modelo que no funciona y de los errores cometidos y debemos, por tanto, ayudar a cambiarlo juntos y juntas.

Antes de afrontar el desafío electoral de 2015 (que se prolongó a 2016), **la Marcha del Cambio** del 31 de enero de 2015 marcó probablemente el momento de mayor percepción social de la fuerza de Podemos hasta entonces. La movilización fue histórica no solo por la amplia participación (entre 100.000 y 300.000 personas), sino por su carácter: se trató de una movilización específicamente política, no articulada en torno a demandas concretas, sino que fue la expresión pública de nuestra voluntad de presentarnos como instrumento para el cambio político en España.

Tras aquella demostración comenzaría una durísima lucha de desgaste electoral que empezó en **Andalucía**. Allí, en unas elecciones autonómicas diseñadas para contener nuestro empuje en las encuestas y que nos pillaron a contrapié y sin organización, la candidatura de Teresa Rodríguez alcanzó nada menos que casi el 15% de los votos. Después llegarían las **elecciones municipales y autonómicas**, donde Podemos fue uno de los motores fundamentales de las candidaturas municipalistas que se hicieron con el gobierno de las principales ciudades españolas. En los territorios donde se celebraban elecciones autonómicas avanzamos con resultados desiguales: solo superamos el 20% en Aragón (con Pablo Echenique al frente); superamos el 18% en Asturias y Madrid; estuvimos cerca del 15% en Baleares y Canarias; superamos el 12% en Navarra, Murcia y Castilla y León; y obtuvimos resultados más modestos en el resto de territorios, entre los que destaca la Comunidad Valenciana, donde fuimos la cuarta fuerza aunque tuvimos un papel crucial para que en esta comunidad hubiera un gobierno alternativo al PP. En las elecciones catala-

nas de septiembre, la candidatura de confluencia en la que participamos, Catalunya Sí que Es Pot (CSQEP), solo obtuvo poco menos del 9%, lo que representó una gran decepción. Ya en 2016 en Euskadi, después de haber ganado dos elecciones generales como Podemos y como Unidos Podemos, nuestra coalición fue la tercera fuerza con casi el 15% de los votos, mientras que En Marea en Galicia se mantuvo por encima del 19% y es segunda fuerza.

Nuestros resultados en las **elecciones generales de diciembre de 2015** superaron ampliamente las expectativas de las encuestas que, desde septiembre y junto a reputados analistas, proclamaban un mal resultado que nos situaría incluso como cuarta fuerza política, en algunos casos por debajo del 14% de los votos. Sin embargo, finalmente nuestros resultados superaron el 20,5% y mejoramos los resultados de todas las autonomías excepto Aragón. En Comú Podem (ECP) fue la primera fuerza política en Cataluña y ganamos también en Euskadi con un 26% de los votos. Mejoramos en 10 puntos los resultados en Navarra (23%), casi en 9 los de Canarias y Baleares, en más de 9 los de Cantabria y la coalición En Marea fue segunda fuerza en Galicia con más del 25% de los votos. El PP ganó las elecciones, pero con sus peores resultados desde 1989 (cuando Aznar no llegó al 26% de los votos), mientras que el PSOE obtuvo su peor resultado desde la Transición (22%) y Ciudadanos, que había llegado a encabezar las encuestas, no llegó al 14%. Fueron unos resultados electorales casi sin parangón en Europa occidental para una fuerza que se presentaba por primera vez a unas elecciones generales. Aunque no fue suficiente para cumplir nuestros objetivos, Podemos y las confluencias se revelaron entonces como la máxima expresión electoral de la estructura de oportunidad que habíamos detectado tan solo un par de años atrás.

Todos los procesos electorales señalados, y el sustrato social que vive bajo ellos, forman parte de la **nueva transición política en España**, pero las elecciones de diciembre de 2015 marcaron un antes y un después que explica además el bloqueo político que se vivió hasta la investidura de Rajoy a finales de octubre de 2016.

El bloqueo

El denominado «bloqueo» es el periodo que va desde las elecciones generales del 20 de diciembre de 2015 hasta la investidura de Mariano Rajoy como presidente del Gobierno en octubre de 2016. Durante ese tiempo se produjeron dos intentos de investidura fallidos y unas nuevas elecciones generales.

Frente a lo que pensaron algunos compañeros, los históricos resultados de diciembre no crearon una suerte de situación de empate entre las **fuerzas del cambio** y las **fuerzas de la restauración**. Si hubiera que caracterizar a las primeras tendríamos que referirnos a los **sectores políticos y sociales partidarios de encarar reformas profundas en una dirección constituyente**. El cambio pasa básicamente por apostar por una política económica más soberana, redistributiva y crítica con el modelo alemán para Europa, por recuperar derechos sociales, por medidas de regeneración efectivas (como la prohibición de las «puertas giratorias»), por la independencia de la justicia, por una reforma del sistema electoral que lo haga más proporcional, por oponerse al TTIP, por asumir la urgencia de afrontar los problemas medioambientales, por practicar políticas efectivas de defensa de los derechos de las mujeres y por afrontar el carácter plurinacional de España. A priori, cabía esperar que el Partido Socialista hubiera podido asumir al menos una parte de esta agenda.

Si hubiera que caracterizar a los defensores del statu quo del viejo sistema político, hablaríamos de los **grandes empresarios y banqueros**, así como de sus **aparatos de poder y su capacidad de determinar las decisiones en los partidos que les defienden: PP, Ciudadanos y los sectores más conservadores de las élites del PSOE**. Este bloque de poder es partidario de mantener una política económica neoliberal conformista con las dinámicas europeas y, asimismo, de mantener la Constitución como papel mojado en lo que se refiere a la soberanía y los derechos sociales (sin que les importe el daño que esto implica para sus compatriotas y la vulneración sistemática de derechos humanos que conlleva) y, al mismo tiempo, como una trinchera estrecha para *bunkerizarse* frente la plurinacionalidad.

No hubo empate entre las fuerzas del cambio y las fuerzas de la restauración básicamente porque ningún sector relevante del PSOE contempló jamás la posibilidad de formar con nosotros un gobierno que asumiera los desafíos del cambio, por mucho que Sánchez pretendiera apropiarse de la expresión «fuerzas del cambio», incluyendo en ella a su partido y a Ciudadanos. Gobernar con el PSOE era una posibilidad llena de dificultades y de riesgos, pero que habría despertado la ilusión y la esperanza de muchos ciudadanos y hubiera podido permitir a nuestro país lograr notables avances. Pero los jefes del PSOE nunca contemplaron esa posibilidad. Sánchez había sido la persona elegida por el aparato del PSOE para frenar a Eduardo Madina y, desde muy pronto, su única estrategia fue la supervivencia en un partido rodeado de sus peores enemigos en lo relativo al control del aparato, aunque con los que en principio no tenía grandes diferencias políticas.

Se trató de un periodo en el que, al tiempo que los poderes económicos y sus aparatos debatían las diferentes fórmulas políticas para mantener su poder, los partidos tradicionales y su aliado naranja debatían internamente cómo les afectarían las distintas fórmulas. Todas las fórmulas y estrategias de las élites y sus partidos, aunque no siempre coincidentes, compartían un elemento: **Podemos no debía estar, bajo ningún concepto, en el gobierno de España.**

Las opciones que se manejaron son ampliamente conocidas. Se llegó incluso a presionar a Mariano Rajoy para que se echara a un lado y favoreciera así a un candidato *limpio* del PP que lograra los apoyos de Ciudadanos y del PSOE. Pero Rajoy resistió, negándose a asumir en solitario el espectáculo de la corrupción, y supo esperar. Había otra opción posible: que nosotros favoreciéramos, mediante una abstención, un gobierno del PSOE sobre la base de un acuerdo programático entre el PSOE y Ciudadanos que después buscara apoyos parlamentarios diversos. Nuestros inscritos demostraron claramente que no aceptaban esa opción (que, sin embargo, sí generó dudas legítimas entre sectores del Consejo Ciudadano Estatal en un debate que había tenido como precedente otro, unos meses antes, sobre la posibilidad de apoyar la investidura de Susana Díaz en Andalucía y en el que nuestra organización y la militancia andaluza tomaron a mi juicio la decisión correcta). Ambas posibilidades aseguraban la tranquilidad de las élites económicas y que, fuera cual fuera el gobierno, las líneas maestras de las políticas acordes con la austeridad económica y el inmovilismo respecto a la cuestión plurinacional se mantuvieran intactas. Lo pensé entonces y lo sigo pensando ahora.

Debatíamos entonces sobre cómo convencer al PSOE para que alcanzase un acuerdo de gobierno con nosotros al tiempo que nos preparábamos para resistir una enorme presión dirigida o bien a hacernos ceder y entregar un cheque en blanco a Sánchez, o bien a llegar muy debilitados a una eventual repetición electoral.

Hoy sabemos que la alternativa que nosotros defendíamos, **un gobierno del PSOE presidido por Sánchez con una presencia proporcional de Podemos, las confluencias e IU**, mediante la abstención de ERC y PDC, jamás se la hubieran permitido a Pedro Sánchez. Y lo sabemos porque él mismo se lo contó a Jordi Évole ante millones de espectadores.

Si el PSOE vivió un trauma que terminó en el golpe interno contra Pedro Sánchez y una gestora que entregó el gobierno de España a Rajoy fue porque un acuerdo con el PP pondría fin al **reparto simbólico de posiciones entre el PP y el PSOE propio del sistema del 78**. Si el PSOE llegaba a un acuerdo con el PP, se acababa el sistema del turno y se abría un nuevo espacio de oposición que solo podíamos ocupar nosotros. Es

imposible ser oposición al PP entregándole el gobierno al PP, del mismo modo que para nosotros hubiera sido imposible ser la oposición al PSOE entregándoles el gobierno; la oposición hubiera sido el PP y el turno se habría mantenido.

Se puede criticar a Pedro Sánchez su falta de coraje para gobernar con nosotros pero, fuera por supervivencia o por consciencia sobrevenida, al enfrentarse a los sectores de su partido que desde el principio querían llegar a un acuerdo con el PP estaba protegiendo al PSOE de recibir una herida de consecuencias definitivas para su futuro en España. Sin embargo, su estrategia solo tenía sentido si nos hacía ceder o soñando con que, a fuerza de repetir elecciones, se podía volver al escenario bipartidista. A las puertas de Vistalegre II, debemos **agradecer a las inscritas y a los inscritos de Podemos que cerraran el debate en el grupo dirigente** gracias a una consulta que determinó el camino a seguir. En su entrevista con Évole, Sánchez reconoció su error, admitió que su partido debía haber gobernado con Podemos y repitió todo aquello que nosotros dijimos durante casi un año. Pero ya no era Secretario General del PSOE. **El diagnóstico de Podemos había sido el correcto.**

Durante ese periodo sufrimos un desgaste notable, cometimos fallos y el redactor de este documento cometió errores (entre ellos, no haber sabido comunicar bien nuestra propuesta o no haber sabido hacer entender que íbamos en serio cuando planteábamos gobernar junto al PSOE), pero ese tiempo sirvió para madurar una nueva alianza que permitía imaginar un impulso electoral que nos acercara más al cambio. A todos y a todas nos decepcionaron los resultados de las **elecciones generales de junio de 2016** ante las expectativas de unas encuestas que aseguraban que obtendríamos la segunda posición y que, en algunos casos, apuntaban incluso la posibilidad de superar al PP. Tal vez cometimos errores en una campaña en la que sonamos menos creíbles que en otros momentos, pero no solo mantuvimos los escaños, sino que ayudamos a configurar un gran espacio político plural en el que diferentes identidades, distintos estilos y diversas organizaciones pueden convivir y complementarse. De haber concurrido a las elecciones del 26J en los mismos términos que en 2015, los resultados habrían sido peores. La petición de «unidad, unidad» fue una de las más repetidas durante esos meses y, por tanto, hubiera sido muy difícil explicar por qué compartiendo tanto del programa no compartíamos las elecciones y caminábamos juntos. De nuevo, fuisteis los inscritos y las inscritas en Podemos quienes marcasteis el rumbo y gracias a eso vamos cumpliendo uno de los mandatos que asumimos al nacer: unir a las fuerzas del cambio.

En las elecciones de 2016 el PP mejoró sus resultados en votos y escaños, C's y PSOE retrocedieron en votos y escaños, y Unidos Podemos (UP) y el

resto de confluencias retrocedió en votos pero mantuvo el número de escaños, así como la primera posición en Cataluña y en Euskadi y la segunda en Madrid, en la Comunidad Valenciana y en Baleares. Pero la correlación de fuerzas parlamentarias se mantuvo muy similar. Volvimos a intentar el acuerdo con el PSOE, en primer lugar favoreciendo una presidencia progresista en el Congreso y después manifestando nuestra disposición a explorar un posible acuerdo de investidura con ERC y el PDC. Sin embargo, en aquellos momentos la dirección de Pedro Sánchez solo se planteaba una huida hacia delante en busca de una segunda repetición electoral. Los resultados de las elecciones vascas y gallegas precipitaron la situación en el PSOE y el fin del bloqueo llegó tras la victoria definitiva en ese partido de los partidarios de entregar, vía *abstencionazo*, el gobierno a Rajoy.

Un régimen débil y un gobierno no tan débil: el epílogo de Rajoy

Los más mayores recuerdan que en los años setenta una familia vivía con un sueldo. Hoy, en una misma familia a veces entran dos sueldos y no se llega a fin de mes. El problema no es solamente esta pérdida de derechos, sino que el PP quiere naturalizar esta situación, y el PSOE —como en el Reino Unido hizo el laborismo de Blair entregándose a las ideas de los conservadores— se ha entregado a Mariano Rajoy. Pretenden conseguir la **normalización de la precariedad**, una situación perversa con la que intentan **imponer la resignación disfrazándola de «recuperación»**.

No es cierto que el del PP sea un Gobierno en una situación de debilidad, a pesar de no contar con una mayoría parlamentaria. Como escribió el periodista Enric Juliana, en esta legislatura íbamos a ver garrotazos para la galería en el Congreso y acuerdos estratégicos por la noche. Y lo estamos viendo. El PSOE no solo entregó el gobierno al PP, sino que tampoco quiso favorecer un acuerdo con nosotros y los partidos catalanes para que el PP y Ciudadanos no controlaran la Mesa del Congreso. El PSOE ha permitido que el Gobierno pueda saltarse cómodamente las decisiones del Congreso en materia de salario mínimo y pobreza energética actuando poco menos que como un ministerio de maquillaje social del Gobierno. Y, con todo, **el Gobierno cuenta con facultades legales y reglamentarias para gobernar ignorando al Congreso** y haciendo que en la práctica buena parte de las decisiones de este queden en papel mojado. El acuerdo entre el PP y el PSOE respecto al techo de gasto prefigura también fórmulas de acuerdo entre estos dos partidos para que el Gobierno saque adelante los presupuestos. Rajoy, por cierto, no ha dejado de manifestar que si tiene dificultades para sacarlos

adelante, convocará nuevas elecciones, una amenaza que su socio socialista no está en condiciones de resistir.

Durante las últimas semanas se nos ha acusado de ser una fuerza irrelevante y se ha llegado a afirmar que el PP y el PSOE «nos comen la tostada» en el Parlamento, lo cual resulta paradójico al menos por dos motivos. En primer lugar, si esto fuese así, revelaría que el PP y el PSOE no tuvieron solo un acuerdo de investidura, como el PSOE nos quería hacer creer, sino que su acuerdo es más estable y afecta a las decisiones clave del Gobierno. Segundo y más importante: las dos iniciativas clave del PP y del PSOE en los últimos meses han sido las relacionadas con la subida del SMI (salario mínimo interprofesional) y la pobreza energética. En ambos casos se trata de temas que se ponen en la agenda parlamentaria gracias a la acción coordinada de Unidos Podemos, las confluencias y las organizaciones de la sociedad civil, que fueron quienes llevaron estas demandas al Parlamento en forma de proposición de ley y de moción parlamentaria, respectivamente. Es más, contrariamente a la imagen que han pretendido crear, resulta curioso que en ambos casos hayamos sido nosotros quienes hayamos incluido estos temas en la agenda del Congreso y quienes hayamos conseguido que su tramitación saliera adelante. Que el PP y el PSOE hayan tenido que sacarlos del Parlamento y hacer un pacto a escondidas para intentar ponerse una medalla y, sobre todo, para pactar esas medidas en un formato rebajado respecto a lo que podrían haberse aprobado si su trámite hubiese continuado en el Parlamento (nuestra propuesta de subida del SMI implicaba alcanzar los 800 euros en dos años y los 950 euros en cuatro años, mientras que la aprobada por el PP y el PSOE lo deja en 707) demuestra nuestra capacidad para **llevar a un primer plano la agenda de la sociedad civil.**

Con todo, **el régimen ha perdido una de sus condiciones ideológicas de posibilidad: el reparto simbólico de posiciones y de papeles** entre un gran partido de centro-derecha y un gran partido de centro-izquierda. Por mucho que el PP haya tratado de crear una oposición a su medida (recordemos que, discrecionalmente, el Gobierno ha decidido que Rajoy responda directamente a los socialistas una vez por semana mientras que al resto de grupos, con independencia de su tamaño y sus votos, nos responde cada varias semanas), cualquiera que siga los debates parlamentarios —y no digamos ya los debates sociales— sabe que quienes han ocupado de manera natural el espacio político de **alternativa ideológica, cultural, programática y de Gobierno al PP** han sido **Unidos Podemos y las confluencias.** Esa es la mayor debilidad de los defensores de la restauración del régimen del 78: para hacer presidente a Rajoy tuvieron que debilitar a uno de los partidos del sistema del turno. No es probable que el PSOE experimente un proceso de deterioro como el del PASOK en Grecia o el del Partido Socialista en Italia. Seguirá siendo un partido estatal fuerte en

algunos territorios, aunque cada vez más reducidos, pero es muy difícil —especialmente si nosotros hacemos bien nuestro trabajo— que vuelva a ser lo que fue y que pueda hegemonizar la oposición al PP o representar el proyecto de país alternativo al PP que necesita España.

El efecto *poltergeist* y el bloque de la restauración

No nos esperan tiempos de «normalidad» y vuelta al pasado. La situación sociopolítica que atravesamos indica justo lo contrario: **una transición hacia algo nuevo**. Un tiempo de incertidumbre que afecta también a Europa. Vivimos un periodo de debate de país, tensionado por un bloque restaurador que se resiste a los cambios. Estamos insertos, de hecho, en una disputa histórica para las mayorías sociales de nuestro país en la que nos jugamos el futuro de España, de sus pueblos y de sus gentes.

Frente a las esperanzas y anhelos de cambio despertados con el 15M y el escenario electoral establecido tras las elecciones generales de 2015, las élites y sus aparatos han puesto toda su maquinaria a funcionar para lograr que todo cambio que se tenga que dar —pues necesariamente se van a tener que dar cambios— sea siempre a favor de sus intereses. Se trata de una estrategia gatopardiana que pretende imponer un **plan «restaurador-normalizador»** capaz de servir de freno a los desafíos abiertos por la irrupción del 15M y de fuerzas como Podemos y nuestros aliados, un plan del bloque restaurador que se sustenta en dos pilares fundamentales:

- 1) Reimplantar el sistema del turno mediante una fórmula nueva de tipo «turnismo por abstención», asegurando con ello que se pueden tejer sucesivos acuerdos, legislativos y ejecutivos (directos si es posible o mediante la abstención de alguna de las fuerzas participantes), entre los partidos de la *Triple Alianza* (PP, PSOE y C's) para seguir turnándose en el poder, continuar imponiendo su agenda legislativa y de *reformas*, y cerrando siempre el paso hacia el gobierno a Podemos.
- 2) Construir su proyecto de futuro haciendo irreversibles las consecuencias de las reformas aplicadas en el periodo 2010-2016, normalizando la excepción y edificando el *nuevo* modelo de Estado emergente sobre los recortes ya aplicados, la precariedad ya impuesta o la desigualdad ya generada.

Es lo que podríamos denominar como el «**efecto Poltergeist**»: las fuerzas de la restauración quieren edificar una nueva casa común de convivencia sobre el *cementerio social* que ellos mismos han generado previamente con sus políticas. Pero si construyes sobre un cementerio, tarde o temprano regresan los espíritus. El problema es que esa casa nunca estaría

libre de *fantasmas*. España no puede construir un modelo de convivencia sobre la precariedad como norma de las relaciones laborales, los salarios de pobreza, el desempleo crónico (nunca por debajo del 15%), la desmejora paulatina del funcionamiento de los servicios públicos, las pensiones que pierden poder adquisitivo año tras año y millones de personas amenazadas con no poder acceder a una pensión digna en su vejez, el copago de las medicinas y la privatización de la sanidad, la desigualdad disparada, el trasvase de lo público a manos privadas, los niveles de pobreza inaceptables, los derechos civiles limitados, la emigración de jóvenes, la falta de acción institucional contra las violencias machistas, etcétera.

No podemos permitir que nuestro pueblo se resigne y se acostumbre a vivir en estas condiciones. Para evitarlo es necesario abrir en nuestro país **tres grandes procesos de cambio: económico, político y social**, con el fin de dar respuesta a los graves problemas a los que hoy se enfrentan las grandes mayorías sociales.

La agenda económica de Podemos tiene que seguir orientada a revertir cuanto antes los recortes en sanidad, educación, dependencia o cultura, consolidados hoy gracias al acuerdo de techo de gasto entre el PP y el PSOE para 2017. Debemos tener como prioridad transformar nuestro obsoleto, estancado y dependiente modelo productivo (diseñado para convertir a nuestro país en un Estado de la periferia europea y al servicio de los intereses económicos de los grandes centros de poder europeos). Asimismo, es necesario establecer un salario mínimo en sintonía con las necesidades reales de la gente, recuperar la capacidad de negociación y los derechos laborales que le han sido arrebatados a las clases trabajadoras con las dos sucesivas reformas laborales del PSOE y del PP, establecer un renta garantizada que haga posible que todo el mundo —sea cual sea su situación laboral y socioeconómica— tenga acceso a unos ingresos que le permitan vivir con dignidad y poder salir de las condiciones de pobreza bajo las que actualmente vive más del 28% de la población. Tenemos que poner en marcha una economía que reoriente la lógica de los cuidados, que hoy descansa exclusivamente en las mujeres, ayudando con las políticas económicas a terminar con desigualdades sociales que tienen su origen en desigualdades económicas que luego se afianzan culturalmente. Debemos ser **catalizadores de esa agenda constituyente** que anida ya hoy en nuestra sociedad y ser responsables a la hora de **impulsar el necesario cambio sociocultural** que haga posible que ese nuevo modelo de país al que aspiramos no solo no deje a nadie atrás, sino que lo haga teniendo en la **igualdad entre hombres y mujeres** su principal seña de identidad.

El bloque del miedo y la restauración pretende erigir un nuevo edificio institucional, legislativo y en última instancia constitucional sobre un cementerio social. Frente a ello, debemos trabajar por un doble fin: ejercer

la oposición popular y política, y aspirar a ganar y gobernar para construir un nuevo modelo de Estado y de país que, de verdad, no deje a nadie atrás. En síntesis, seguir construyendo la oposición al modelo político del bloque restaurador y continuar haciendo posible el cambio.

El reto de Vistalegre II es, por tanto, debatir para crear y poner en marcha un proyecto capaz de dotar de una salida política a ese impulso constituyente que avanza en nuestra sociedad desde el 15M.

Las claves de la nueva transición: el fin del miedo

La Transición logró algo excepcional que solo se repitió en el 15M: los sectores populares y las clases medias se sintieron parte de un mismo proyecto. Debemos atender, de la misma manera, los intereses de todos los sectores. El fin del trabajo precario, la educación pública, las ayudas a los pequeños empresarios, las becas para ir a la universidad, la lucha contra los desahucios o los préstamos hipotecarios son elementos que tienen que tener como objetivo aumentar la igualdad de la sociedad. Tenemos un país excelente, con una violencia xenófoba limitada en comparación con otros países de nuestro entorno, con una menor tasa de delitos respecto a nuestros países vecinos, con una gran solidaridad familiar, con una vida en nuestros pueblos y barrios llena de fraternidad, con una solidaridad internacional envidiable y con una riqueza natural que puede convertir a España en vanguardia de las energías renovables y de la vida sana. Queremos conservar estos elementos que hacen de España un país de países donde queremos vivir.

Uno de los momentos más relevantes de nuestra relación con Europa fue cuando España decidió encabezar los intereses de los países medios y pequeños. Conseguimos los fondos estructurales y presencia europea. Para ello, la ciudadanía en la calle protestando fue esencial; el PSOE casi pierde el referéndum de la OTAN y Europa sabía que tenía que darle más relevancia a nuestro país. Ahora toca hacer algo similar. No es España: es Portugal, es Italia, es Grecia, es Irlanda.

La Transición estableció cinco claves: la monarquía, el bipartidismo, la oposición al federalismo, el mantenimiento del statu quo económico y la permanencia de España en el bloque occidental, especialmente en la OTAN. El sistema electoral, el papel del rey, la constitución del Senado como una cámara inútil salvo para frenar una reforma constitucional, la politización de la justicia, la subordinación provinciana a la estrategia alemana para Europa y la estructura económica y fiscal a favor de las grandes economías son herencias de una Transición donde el deseo de los sectores populares y las clases medias de salir de la dictadura se cobró el precio de ser uno de los países con menor gasto social, con mayor impunidad de las élites de la dic-

tadura y con un mayor papel del miedo en la discusión política. Y era normal que en aquel contexto, tras cuarenta años de terror y con unas fuerzas armadas en las que los oficiales demócratas eran perseguidos (y que mantenían su lealtad a la Corona por encima de cualquier lealtad a la democracia), el miedo fuera un operador político fundamental que condicionó la actitud y las estrategias de los jefes de la oposición democrática.

Como han explicado los jóvenes historiadores, los debates paralelos en el PSOE y el PCE a propósito de renunciar respectivamente al marxismo y al leninismo no tenían tanto que ver con cuestiones ideológicas (es dudoso que entonces el marxismo o el leninismo significaran algo concreto en la práctica del PSOE o del PCE) como con una voluntad inequívoca —y hasta cierto punto explicable— de no dar miedo a amplios sectores sociales a los que la memoria de la guerra civil y cuarenta años de anticomunismo oficial les había condicionado.

La situación de España hoy es diferente. Nuestro país cuenta con unas fuerzas armadas modernas equiparables a las de los países de nuestro entorno y la **memoria histórica es una exigencia democrática** de justicia y de (lógica) reparación a las víctimas para que nuestro país se equipare de una vez al antifascismo europeo (y no un recuerdo traumático que atemoriza a una sociedad). Durante la Transición se debatió en comedores privados y entre élites. En el siglo XXI eso tiene que cambiar. Las élites siempre quieren *parlamentarizar* los conflictos como una manera de desactivarlos, mientras que si el pueblo está, habla, debate y participa, se consiguen los cambios. **Sociedad civil y Parlamento son dos caras de la misma moneda.**

Los nacidos en los años sesenta y setenta (la generación del *baby boom*) experimentaron el cambio en España y empezaron a disfrutar de una educación que sus mayores no habían podido recibir. Gracias a que mantuvieron el esfuerzo de sus mayores, hoy España cuenta con las generaciones jóvenes más preparadas de su historia, las cuales (según todos los estudios electorales) apoyan mayoritariamente el cambio político que Unidos Podemos y las confluencias representan. Esas generaciones tienen que seguir construyendo la solidaridad intergeneracional que explica nuestro avance social y electoral. La España del siglo XXI vive con normalidad y fraternidad que el nuestro sea un **país plurinacional y no teme ni a los referéndums** (que son siempre un indicador de salud democrática), **ni a las formas de democracia directa, ni a una participación más democrática en los partidos políticos.** Podemos, con nuestros límites y errores, ha sido indudablemente un ejemplo de organización política más parecida a la nueva sociedad que se abre camino. Una sociedad más crítica, más informada que reconoce los méritos y el esfuerzo de las generaciones pasadas, pero que no se va a dejar atrapar en la vuelta al pasado que buscan las fuerzas de la restauración.

Tareas políticas

Es necesario el equilibrio entre mantener a los fieles y atraer a los ausentes. Podemos supo siempre contactar con amplios sectores sociales con diferentes niveles de compromiso social. No se debía atender solamente a los convencidos ni se debía engañar con el discurso para atraer a otros sectores. En ese equilibrio residió una parte de nuestra magia. Podemos tiene cinco millones de votos. Nos faltan varios millones más que no se identifican con nosotros y a quienes no se les puede mentir ocultando nuestras propuestas políticas; por eso, Podemos necesita articular un proyecto de país y convocar a más gente a ese proyecto de país.

Un bloque político y social alternativo para un nuevo país

La tensión restauración-cambio requiere el impulso de un bloque político y social, de carácter popular, capaz de anudar a los diferentes sectores sociales que quieren avances y de articular no solo un plan alternativo de gobierno, sino **un nuevo proyecto de país**.

Podemos nació como un proyecto que respondía a la necesidad de abrir un espacio que hiciese posible la incorporación a la política de sectores sociales que demandaban herramientas. Entonces apenas pudimos ofrecer una primera herramienta electoral y comunicativa. Ahora debemos articular y defender los intereses de la mayoría social que ha sufrido la política de saqueo (que protegía los intereses de los privilegiados), y debemos ser capaces de entender que eso solo es posible desde el protagonismo de los sectores populares que avanzan en la construcción de un pueblo sin miedo y con capacidad para torcerle el brazo a las élites. Es decir, hoy tenemos que **poner todos nuestros recursos** institucionales, políticos y organizativos **al servicio de la articulación de una nueva voluntad popular**.

El compromiso de construcción de esa nueva voluntad popular requiere del **compromiso institucional y político con los diferentes sectores sociales que quieren hacer posible el cambio**. Lo que aparentemente parece obvio tiene unas derivaciones que no se concretan solo en una línea discursiva, sino en una práctica política para construir la confianza desde los hechos y no solo desde las palabras, y ser capaces de resistir el empuje de nuestros adversarios en los momentos difíciles. Al mismo tiempo requiere de un esfuerzo militante cotidiano que se extienda desde las instituciones hasta nuestros barrios y pueblos, donde debemos huir de la politiquería partidista de las medallas para centrarnos en la consecución de victorias en las que la gente conforma un bloque popular del que nosotros formamos parte pero no somos el todo. Nuestros represen-

tantes en las instituciones no pueden convertirse en *políticos*, sino que deben seguir siendo militantes y cumplir una tarea al servicio del interés colectivo.

Las alianzas sociales, por lo tanto, deben estar en el centro de nuestra actividad, pues tenemos que concretar nuestro compromiso con la nueva España que avanza. Debemos seguir situando en la agenda política las demandas populares, pero tenemos que ser capaces también de participar en la consecución de victorias concretas que muestren la capacidad de la gente para construir un poder desde abajo. Necesitamos desplegar una pedagogía de la praxis que demuestre que, en situaciones concretas, la gente puede vencer a las élites y sus representantes. Si parar un desahucio es una victoria popular, servir de instrumento a los sectores que defienden sus derechos debe favorecer más victorias populares que consoliden el bloque de cambio. **Ganaremos si esas victorias no son de Podemos, sino del bloque social y popular.** Cuando un juez reconoce la dación en pago, cuando el Parlamento empieza a considerar la pobreza energética o cuando Bruselas sanciona que las cláusulas suelo son una estafa es la sociedad la que ha triunfado al empujar a las instituciones a convertir en derechos sus necesidades. Podemos nació entendiendo que había que caminar de la calle a las instituciones, pero sabiendo que sin el impulso ciudadano nunca en la historia se han registrado cambios para las mayorías.

El trabajo institucional: las instituciones al servicio de la gente

Para gobernar desde abajo, pensando **la política como una herramienta al servicio de la mayoría**, que resuelva los problemas concretos de las personas concretas, tenemos que poner las instituciones al servicio de la gente. Hoy en día situar en el centro de la agenda institucional las necesidades reales de las personas es una acción política de primer orden. Al afirmar como prioridad los derechos de nuestro pueblo frente a los intereses de los grupos dominantes, estamos invirtiendo las preferencias de la acción institucional tradicional y dislocando la lógica de la subordinación de las urgencias sociales a los tiempos institucionales. Por eso, **recuperar las instituciones democráticas** significa instalar la consigna «primero la gente» como vector de todas las políticas públicas, personalizar la Administración y personificar los conflictos, para que los problemas individuales se transformen en obligaciones institucionales.

a) Los Ayuntamientos del Cambio

Las experiencias de los Ayuntamientos del Cambio demuestran con rotundidad nuestra capacidad para **gobernar con, por y para la gente**. Son un claro ejemplo de una gestión diferente, capaz de garantizar el desarrollo de políticas públicas de integración y cohesión social y, al mismo tiempo, de racionalización y equilibrio presupuestario. Es desde los gobiernos municipales en los que participa Podemos (junto con nuestros aliados) desde donde se despliegan las actuaciones públicas más audaces, innovadoras y exitosas de los últimos tiempos. En cada Ayuntamiento del Cambio demostramos, día a día, que estamos preparados para afrontar el reto de gobernar con coherencia y solvencia, pues es en la dura y compleja práctica de la política municipal diaria donde estamos evidenciando una enorme capacidad para conciliar, con imaginación y sin complejos, medidas que favorecen el éxito económico con políticas que garantizan los derechos sociales.

En el presente de nuestro país, son los Ayuntamientos del Cambio desde donde se marca el ritmo político. Son el referente de una política de proximidad, diferente, ocupada y preocupada por la gente, que hace más fuerte nuestra democracia y más justa nuestra sociedad.

b) Los Parlamentos autonómicos

Nuestro país es un rico mosaico de realidades territoriales, plurales y diversas, donde la política adquiere diferentes texturas en función de las propias condiciones históricas y culturales. Somos un país que debe preservar su propio ecosistema institucional como un valor político añadido. Los diferentes parlamentos autonómicos son una conquista de identidad, autonomía y autogestión política y deben comprenderse como una reivindicación popular histórica. Es en las instituciones autonómicas donde lo político se materializa en su realidad histórica sobre el terreno, desde donde se teje y vertebramos la institucionalidad, donde el mapa se ajusta al territorio. Por eso tenemos que ser capaces de profundizar en la **acción parlamentaria coordinada e interparlamentaria**, para que opere como la expresión política de nuestro proyecto común de país, adaptándose a las particularidades de cada territorio. Debemos pensar lo múltiple y lo diferente desde una misma perspectiva de equidad y justicia y, por ello, tenemos que aprender a concebir la acción parlamentaria autonómica como la traducción de una aspiración general a los diferentes lenguajes políticos de nuestro país. En este sentido, y en muy poco tiempo, ya hemos conseguido avanzar mucho: hemos oxigenado los debates y expulsado algunos de los viejos y malos hábitos de una política enredada en falsas dicotomías sobre competencias legislativas y, asimismo, hemos logrado imponer una acción legislativa más transparente, más abierta a la participación ciudadana y más centrada en los problemas de cada territorio.

Nuestra acción parlamentaria crece y va perfilándose como **alternativa de gobierno para 2019**. Vamos ganando peso político específico y fortaleciendo la acción colectiva sobre el territorio, construyendo nuevas alianzas y reforzando posiciones de cara a las próximas elecciones autonómicas, con el convencimiento de que podemos ganar en muchas de las comunidades autónomas de nuestro país.

c) El Congreso y el Senado

Porque somos una fuerza de gobierno, debemos empezar a actuar como alternativa de gobierno; es el momento de ofrecer, también desde el Parlamento, **un programa de gobierno alternativo para 2020**.

Basta seguir los Plenos para comprobar que Unidos Podemos es la fuerza que el PP identifica como su mayor rival en el Congreso y en el Senado. Por ello, tenemos la enorme responsabilidad de proponer una política diferenciada, en todos y cada uno de los ámbitos, a la actuación del actual Gobierno y sus socios (declarados y virtuales). La tarea de oposición parlamentaria de Unidos Podemos se dibuja, por tanto, sobre la precaria aritmética de las fuerzas que sostienen al PP en el Gobierno: sin el apoyo de Unidos Podemos, ni el socio permanente del Gobierno ni su socio discontinuo pueden plantear propuestas políticas alternativas a las del PP que consigan aglutinar el suficiente respaldo parlamentario.

Pero esa situación de fragilidad parlamentaria de los partidos de la oposición no debe confundirse con una supuesta debilidad del actual Gobierno. El pacto de las élites (la *Triple Alianza*) para evitar cualquier posibilidad de un Gobierno de Cambio en el que estuviese presente Podemos les obliga a sostener al actual Ejecutivo, por lo que tanto en el Congreso como en el Senado nuestra acción política deberá evidenciar las contradicciones del discurso del Gobierno y sus aliados. En ese sentido, tenemos que formalizar nuestra acción parlamentaria como una demostración de fuerza, hacer valer nuestra representación como la expresión inequívoca de una política diferenciada que se presenta como una alternativa real y concreta de gobierno, sin caer en el tacticismo parlamentario ni en el oportunismo partidista, y mantener la coherencia programática, demostrando que Podemos es el instrumento parlamentario del bloque social y popular de cambio e ir anticipando la que será nuestra futura acción de gobierno en la próxima legislatura.

Debemos aprovechar las tribunas del Congreso y del Senado para exponer al conjunto de la ciudadanía el programa de nuestro futuro gobierno, contraponiéndolo al del actual y demostrando que existe una alternativa política viable.

d) Empujando desde fuera: la dialéctica movimiento-institución

No existe una contradicción fundamental entre movimiento e institución, sino una tensión elemental. Una relación de intensidades que fluctúa en función de la coyuntura general. Intentar leer los fenómenos sociales de forma unidimensional impide comprender las variantes y elimina los matices que realmente definen lo original de cada momento.

Si nos subordinamos a la lógica institucional, nos disolveremos; y si, por el contrario, nos limitamos a lo conocido y ya transitado, nos autoexcluiremos. **La dialéctica movimiento-institución (un equilibrio inestable permanente) no termina nunca, pero debe servir para avanzar en la transformación y superación del orden institucional actual.** Por ello debemos seguir construyendo el bloque histórico, social y popular —esa unión de sectores que se encuentran porque coinciden en su diagnóstico, sus intereses y sus objetivos— que hace política al mismo tiempo en las instituciones y en los espacios públicos no institucionales.

Avanzar posiciones electorales en 2019

Tenemos que asumir e interiorizar que Podemos puede y debe liderar el gobierno en nuestro país. La madurez política de nuestro pueblo expresa con determinación constante y pleno convencimiento que el futuro de España pasa por un profundo cambio democrático en el que Podemos tendrá un papel determinante.

Comenzaremos ese camino con victorias autonómicas en 2019 para, al año siguiente, ganar las próximas elecciones generales. Tenemos ante nosotros y nosotras un nuevo escenario —un nuevo calendario político— que fija nuevas metas. Y lo afrontamos con **la misma voluntad inicial: ganar para gobernar, porque nuestra ambición de cambio sigue intacta.**

Nuestra determinación es irreversible porque somos conscientes de la necesidad de recuperar nuestra patria para la gente. En nuestra propia naturaleza está ser una fuerza política combativa e irreverente, una organización inconformista, pero al mismo tiempo ambiciosa y capaz de gobernar con eficacia y sentido común. Este carácter nos diferencia y nos obliga: nos diferencia de quienes se conforman con un buen resultado electoral y nos obliga a querer tener siempre el mejor resultado posible. Por eso, en 2019, debemos seguir demostrando que Podemos es la alternativa.

En muy poco tiempo hemos pasado de ser una esperanza a convertirnos en una realidad: hemos ganado la legitimidad social como fuerza

política de gobierno, y además hemos conquistado la credibilidad necesaria como partido para aparecer como una alternativa seductora, junto a nuestros aliados, para amplios sectores de la ciudadanía. Por eso hoy debemos mirar al futuro con objetivos ambiciosos: en 2019 tenemos que conseguir que Podemos y nuestros aliados estén presentes en todos los Ayuntamientos de nuestro país y en el Gobierno de varias autonomías. La estrategia más adecuada para conseguir estos objetivos será algo que decidan quienes operen sobre el terreno y conozcan de primera mano la situación, y serán las personas inscritas de cada territorio quienes tengan la última palabra. Por tanto, no reduzcamos nuestra acción política a viejas fórmulas; lo que nos ha traído hasta aquí han sido, entre otras cosas, nuestra audacia y nuestra capacidad para adaptar nuestra organización a las necesidades de nuestro pueblo.

No podemos perder nunca la perspectiva original de ser una herramienta política al servicio del movimiento popular, un instrumento político al servicio de la gente. Pensemos ya cómo ganar en 2019. Comprometámonos hoy con el futuro y trabajemos para la victoria.

Ganar las próximas elecciones generales

Aspiramos a ganar, por lo que debemos estar preparados para asumir la responsabilidad de gobernar, lo cual significa trabajar como si las próximas elecciones generales fueran mañana, manteniendo la tensión, construyendo en la práctica los dispositivos sociales del futuro gobierno popular y edificando desde las bases un nuevo bloque político, social y popular.

Por tanto, en la dialéctica oposición-alternativa de gobierno del actual ciclo institucional, tenemos que articular nuestra política de oposición con amplios sectores sociales para fortalecer la estructura política y reforzar la musculatura de las organizaciones de la sociedad civil. Como no todo el mundo se encuentra organizado dentro de partidos políticos y sindicatos, es fundamental comprender que existen extensos sectores sociales *irrepresentados* cuyas demandas deben canalizarse a través de figuras políticas y sociales de nuevo tipo. En este sentido, de cara a las próximas elecciones generales debemos trabajar en el doble ámbito de, por un lado, **trasladar a las instituciones las iniciativas de los movimientos sociales** y, por otro, **respetando la independencia de las organizaciones de la sociedad civil, colaborar en su crecimiento y reforzamiento social.**

El objetivo político es tejer una red de contrapoderes de base que anude las luchas sociales, para contribuir a generar un nuevo sentido común mayoritario como condición de posibilidad para un impulso constituyen-

te. Y pensar las próximas elecciones generales como un momento constituyente. Estar a la altura de los tiempos y comprender que Podemos no agota el espacio político y social del cambio. Somos un actor protagonista que aspira a seguir liderando el cambio, pero la humildad —como una herramienta esencial en la nueva política— nos obliga a ser generosos con el espacio institucional alcanzado y a aceptar que para ganar las próximas elecciones generales debemos seguir sumando.

Las confluencias: una alianza estratégica

La política en el siglo XXI se parece más a los ríos que a las montañas. Podemos se ha construido con afluencias, influencias y confluencias. La afluencia —como ríos abocados a una misma desembocadura— de gente cansada de la política tradicional permitió que Podemos naciera de la unión de muchas sensibilidades en un mismo lugar. La influencia, es decir, la capacidad de generar efectos, ha permitido que Podemos represente una posibilidad diferente en la política. Y las confluencias, las uniones voluntarias de gente que viene de diferentes sitios, son la garantía para poder articular una red amplia.

En el siglo XXI la forma partido clásica está prácticamente agotada. Es casi imposible que un partido político pueda representar lo que piensa una persona (mucho menos una sociedad); por eso los partidos deben experimentar una mayor flexibilidad —como hizo el 15M— y empezar a entenderse como partes de algo más amplio. Los partidos en nuestro siglo serán más redes que fortalezas. La red tienen una trama compartida, vista desde fuera es una sola, pero está compuesta por nudos y su centro varía según lo haga la tensión en un lado o en otro. Está bien cosida, no puede deshilacharse, confía en cada uno de sus nódulos. Si la sociedad es cada vez más reticular gracias a las nuevas tecnologías, los partidos no pueden caer en la arrogancia de querer representar a todas las personas y hacerlo en todo momento. Por eso es esencial que un partido del siglo XXI se conciba como parte de un proyecto más grande que el propio partido.

Podemos, que nace del agotamiento del bipartidismo y de sus apoyos, tiene que seguir construyendo con otros actores el espacio político del cambio en un país, además, especialmente complejo por la construcción histórica de nuestro Estado y nuestro carácter plurinacional. La lógica debe ser por tanto la de la **unidad en la diversidad**: un proyecto compartido por identidades políticas, sociales y territoriales diversas, donde lo que es una realidad en la cotidianidad se articule en el ámbito de lo político.

La defensa de los sectores estratégicos

La articulación de un proyecto de país que recupere su soberanía, rescate la democracia y garantice los derechos de la gente tiene una clave fundamental en la defensa, la regulación, el control democrático y la protección de nuestros sectores económicos estratégicos.

Un país con futuro necesita un sector primario fuerte que desarrolle el concepto de **soberanía alimentaria** frente los intereses de las corporaciones del agronegocio que desmantela nuestra producción agroganadera bajo la concepción de una agricultura y una ganadería sin agricultores y sin ganaderos. Por el contrario, la defensa de las pequeñas y medianas explotaciones, el fortalecimiento del cooperativismo y de la economía social, así como la mejora de la calidad del empleo en el sector constituyen vectores clave en la construcción de un modelo económico al servicio de la mayoría social.

Un país con futuro necesita un proceso de **reindustrialización** acorde con el proceso de transición energética. Necesitamos revertir la desindustrialización, que ha lastrado nuestro desarrollo económico y ha sido un elemento clave en la precarización del trabajo y la desvalorización salarial, entre otros efectos negativos.

Un país con futuro requiere del control democrático del sector de la energía en el marco de un proceso de **transición energética** orientado hacia la recuperación de la soberanía, la garantía del derecho a la energía por parte de las personas como un elemento esencial para la vida y al impulso de la reindustrialización. España, un país privilegiado en sol, agua y aire, debe caminar hacia la soberanía energética incrementando el uso de estas energías, sin olvidar que el cambio climático obliga al planeta a ir cambiando nuestras pautas de consumo.

Un país con futuro nos demanda una **regulación sensata del sector de las comunicaciones y el transporte** que garantice su acceso y desarrollo como servicios públicos esenciales para la comunidad, que ponga fin a los abusos de las grandes corporaciones y que proteja nuestro país frente al desarrollo de la economía extractiva basada en la elusión fiscal.

Un país con futuro exige el **control democrático del sector financiero** por medio de una regulación fuerte frente al abuso y la especulación.

Un país con futuro no puede seguir articulado en torno a un **sector turístico** basado en la precariedad y la degradación social y ambiental. Necesitamos abordar los cambios necesarios para hacer de este sector económico clave un sector sostenible social y ambientalmente.

La necesaria **protección de las pymes, de los autónomos y de la economía social** resulta esencial para que nuestro tejido económico pueda hacer frente las injerencias de las grandes corporaciones (basadas en la desregulación, la deslocalización, la especulación, el desmantelamiento del tejido productivo y la precarización de las condiciones de trabajo). El mercado en nuestro país no puede estar regido por la ley de la selva, sino que debe fundamentarse en un control democrático y en un desarrollo sostenible.

El gran reto actual del mundo, más grave por sus efectos a largo plazo que las guerras, excede las capacidades de los Estados. Se trata del **desafío medioambiental**. El siglo XXI nos va a exigir un compromiso que, aunque va siendo creciente en la sociedad, sigue viviéndose como una contradicción entre la creación de empleo y el sueño de un consumo infinito. Las energías renovables, unas pautas de consumo más sostenibles, una cultura del respeto a otras formas de vida, unas ciudades menos contaminadas, menos tiempo de trabajo o más tiempo para otras formas de transporte van a formar parte del mapa vital de nuestras sociedades. No son problemas que tengan solución a corto plazo, pero por eso mismo es urgente ir adelantando ese mundo más adecuado a una vida buena que permita a las generaciones venideras tener un futuro.

Tareas organizativas

En esta nueva fase deberemos enfrentarnos a la agenda de *normalización* de los recortes y la precariedad que, con la ayuda de sus aliados, pretende imponer el Partido Popular, y lo haremos en los medios de comunicación, en los centros de trabajo, en los centros de estudio, en las instituciones y en la calle. Y, al mismo tiempo, deberemos ir construyéndonos para formar parte de un gran movimiento popular y ciudadano que es condición de posibilidad para, en primer lugar, avanzar posiciones en las elecciones municipales y autonómicas de 2019 y, después, para ganar al PP y gobernar España en 2020.

No podemos parecernos a los partidos viejos

Para poder defender los intereses de la gente, es esencial que no se generen dentro de Podemos intereses particulares. Es lógico que en el trabajo político surjan particularidades, pero eso no debe privatizar dicho trabajo político. La desconexión entre los viejos partidos del turno y la realidad de su pueblo ha operado por esta vía. Hemos visto a representantes de esos partidos dedicar mucho tiempo a defender su escaño o su cargo, sus privilegios y su jubilación dorada, su cuota de recursos y su aparato, su baronía o su familia. Ese tiempo es tiempo robado a la defensa de las necesidades del país y es lo que ha permitido hacer de la profesionalización de la política un lugar de privilegio. Es mediante este camino que los partidos acaban convirtiéndose en agencias de colocación o en lugares donde desarrollar una *carrera*. Y es así como acaban finalmente intervenidos y cooptados por las élites.

Las claves para que esto no nos ocurra son tres: democracia, organicidad y empoderamiento popular.

Tenemos que **seguir sometiendo las decisiones más importantes a la votación de las bases y abrir nuevos canales de decisión más frecuentes y más ágiles**. En el día a día, las decisiones ejecutivas tienen que producirse en los órganos democráticamente designados para ello y no en espacios opacos e informales. Finalmente, es vital que contemos con unas bases de militantes y simpatizantes activos y empoderados que conformen **el verdadero contrapoder** que garantice la democracia y la organicidad en caso de que los dirigentes de Podemos empecemos a equivocarnos. De la misma manera, las decisiones dentro del partido tienen que ser cada vez más colegiadas.

Si queremos mantener los pies en la tierra para trabajar siempre para la gente y poder vencer a los que hacen políticas antipopulares, tenemos

que **aspirar a ser una fuerza con 100.000 militantes y 1.000.000 de inscritos e inscritas.**

Solo así podremos hacer un Podemos unido y plural que no se divide —como es la pauta en la vieja política— en una sumatoria de familias, clanes y baronías, sino que encuentra su unidad en la diversidad, en su feminización constante, en la coralidad de sus portavocías y en sus liderazgos colectivos, en el protagonismo de sus militantes y de sus Círculos, y en la lealtad y la fraternidad entre sus integrantes.

El reto de las elecciones municipales y autonómicas de 2019

En 2019 tendrá lugar una cita electoral muy importante en nuestro país: las elecciones municipales y autonómicas en la mayor parte de los territorios del Estado, y es una tarea fundamental de la nueva fase prepararnos para afrontar este reto que nos servirá como brújula y catalizador de buena parte de nuestras tareas organizativas. Desafíos como **reforzar y empoderar los Consejos Ciudadanos Municipales y los Círculos o desplegar un plan de implantación en el medio rural** son indispensables si queremos aumentar el número de Ayuntamientos del Cambio o gobernar en el nivel autonómico de la Administración. Igualmente, debemos **recuperar el desborde ciudadano, de activistas y de perfiles profesionales altamente cualificados** hacia los espacios de trabajo y los Círculos Sectoriales de Podemos y convertirlos en ambientes fraternales y acogedores donde todas las personas que vengan quieran quedarse. Hay que mejorar y profundizar los mecanismos para **producir programas participativos** que recojan la sabiduría y experiencia de la sociedad civil, que son también centrales para llegar en las mejores condiciones a gobernar las ciudades y comunidades autónomas de nuestro país.

Durante este proceso seguiremos siendo golpeados por las élites y sus aparatos. Por eso, **la construcción de un movimiento popular no es un fetiche, sino la única forma de avanzar.** Solamente con diputados, portavoces y un buen discurso que conecte con las necesidades de la mayoría no basta. **Para ganar necesitamos a la gente organizada, activa y con capacidad para movilizarse y llevar los debates del cambio constituyente a la sociedad.**

En concreto, y de cara a las elecciones municipales y autonómicas, necesitamos además que nuestra organización llegue a cada barrio, a cada pueblo y a cada valle. Necesitamos que nuestro mensaje y nuestro movimiento lleguen a toda la diversidad de nuestro pueblo: hombres y mujeres, jóvenes y personas mayores, parados, trabajadores y trabajadoras, autónomos y pequeños empresarios, personas con discapacidad o españoles que han tenido que emigrar.

Prepararnos para 2019 es estimulante en lo organizativo, desafiante en lo político y el mejor punto de apoyo para ganar un país en 2020. Empezando, como nos gusta en Podemos, desde lo local, desde la raíz, desde abajo.

Una organización descentralizada y plurinacional

Para nosotros España es plurinacional. Pensamos que el mejor futuro es aquel en el que las diferentes naciones de nuestro país convivan en un proyecto común fundamentado en la fraternidad, en la justicia social y en el respeto a las diferencias. Pero frente al inmovilismo y la agresividad de los que hoy gobiernan (y sus aliados), que aumentan irresponsablemente la brecha entre los pueblos de España, nosotros defendemos el derecho a decidir, que no solo se expresa en la necesidad de que en Cataluña se lleve a cabo un referéndum, sino en una mayor democratización y empoderamiento popular general.

Por coherencia política, la misma idea que defendemos para nuestro país debe operar en el interior de Podemos. Por eso abogamos también por el **derecho a decidir «a la interna»** para que, a diferencia de lo que ocurrió en Vistalegre I, **la decisión sobre cómo acudir a las siguientes elecciones municipales y autonómicas se tome de manera soberana en cada territorio por parte de la correspondiente asamblea ciudadana.**

Lo anterior supondría un gran paso en la **descentralización política** del partido en uno de los temas fundamentales que afectarán a la nueva fase de Podemos, y que encarna y concreta la descentralización en un sentido nuevo: no como una negociación entre barones y un poder central que desemboca en una cesión de poder de los segundos a los primeros, sino como **una descentralización hacia la gente, hacia las bases. Una descentralización democrática.** Además de avanzar en este sentido, es el momento también de **transferir competencias y recursos a unas direcciones autonómicas y municipales** cada vez más experimentadas y capaces.

Debemos construir una organización más fraterna, con soberanías compartidas y que refleje la plurinacionalidad de nuestro país sin caer en los errores que han hecho de otros partidos campos de batalla entre baronías y familias.

Aprender de los errores para mejorar

Los conflictos internos se deben gestionar, pero **la solución no puede ser judicializar la política en las Comisiones de Garantías, sino hacerla más deliberativa**. Para ello, Podemos necesita articular los Círculos como espacios de debate y, asimismo, hacen falta mecanismos que sean capaces de canalizar las demandas que emanen de esa deliberación. Que vaya a haber cuatro representantes de los Círculos de Podemos en el Consejo Ciudadano Estatal es un gran paso adelante, pero no nos podemos quedar ahí.

Las diferencias de opinión, la diversidad y la pluralidad son necesarias y enriquecedoras en una organización democrática, pero que la unidad de Podemos diera paso a una coalición de familias o de partidos dentro del partido sería algo que comprometería nuestra capacidad para cumplir con nuestras tareas. Los modelos organizativos basados en baronías y familias como el del PSOE, o en un peso económico como el del PP, no tienen nada que ver con la democracia interna y han revelado ya sus escasas virtudes.

En este sentido, tenemos que aprender del camino que hemos recorrido ya. Los diferentes procesos de primarias nos han dejado muchas enseñanzas. Una de ellas, la más dura, es que en ocasiones nos hemos parecido en exceso a los viejos partidos a los que tanto hemos criticado. Hemos padecido diferencias que se han enquistado, discusiones entre personas y no siempre en torno a propuestas tan diferentes, debates en los medios que deberían haberse dado en otros espacios, y dificultades de funcionamiento de las Comisiones de Garantías Democráticas. Estas situaciones han formado parte de la cotidianeidad de Podemos durante los últimos tiempos y es esencial tratar de resolverlas mediante reformas estatutarias pero también poniendo todos y todas de nuestra parte para fortalecer **una cultura política de debate desde la fraternidad y el compañerismo**. Es necesario establecer mecanismos de prevención y mediación que detecten los conflictos en su fase más incipiente y puedan contribuir a solucionarlos antes de que se enquisten o se *judicialicen* y, asimismo, también es importante contar con **Comisiones de Garantías independientes y bien dotadas de recursos** para cuando esto no se pueda conseguir.

En la nueva fase tenemos que abordar con decisión y compromiso aquellas tareas que son fundamentales pero a las que no hemos podido dedicar los recursos y el tiempo que merecen. Hablamos por ejemplo de la **formación práctica** (además de la teórica) y de la **comunicación interna**, que muchas veces ha fluido de una manera insuficiente.

Un modelo de participación del siglo XXI

Los partidos tradicionales de las élites tratan de aprovecharse de la despolitización social y defienden un modelo supuestamente liberal según el cual de los asuntos colectivos deben ocuparse en exclusiva los *representantes*. De ese modo, los partidos viejos se arrogan el monopolio de la política, son capaces de generar zonas oscuras donde operar sin que el pueblo los vea y desarrollan itinerarios, sistemas de protección corporativa y *omertá* que conducen a que dejen de servir a su país y sus cúpulas devengan en casta.

Si una persona aspira a construir una sociedad democrática y socialmente justa, debe corresponsabilizar a la ciudadanía. Dicho de otro modo: si no haces política, te la hacen. De la misma manera que defendemos la mayor participación de la gente en las decisiones políticas es necesario **asegurar una mayor participación de los Círculos y de los inscritos y las inscritas.**

Nuestra militancia y nuestros inscritos e inscritas necesitan más información y no pueden obtenerla solo a través de los medios: deben estar al corriente del día a día de los procesos de elección de cargos dentro de Podemos, contar con espacios de deliberación que puedan ser canalizados hacia arriba, ser convocados en espacios donde el debate sea realmente democrático sin dejar de ser operativo y ejercer tareas de control interno, como exigir con efectividad el cumplimiento de los Estatutos sin que eso pueda ser usado para frenar las tareas ejecutivas que tienen que desarrollar los órganos de gobierno de Podemos.

Es verdad que en jornadas laborales largas y con desplazamientos que se comen otro tanto de la jornada, en una sociedad que descarga todas las tareas de cuidados en las familias y especialmente en las mujeres, es difícil encontrar tiempo para la militancia, especialmente si esta no es **amable y útil**. Por eso una tarea fundamental de la nueva fase de Podemos es la de hacer de los Círculos, de los espacios de trabajo y de los órganos espacios más acogedores, más divertidos, más femeninos y más eficaces.

Pero es también indispensable comprender que un proyecto de cambio social que pretende no solo recuperar las instituciones para la gente, sino además ayudar a construir los anticuerpos ciudadanos para que los privilegiados no nos las puedan robar de nuevo no debe dejar fuera ningún estilo de participación ni ningún nivel de implicación en el proceso. Así, hay personas que no pueden o no quieren participar de las asambleas pero quizá sí en las redes sociales, o diseñando infografías, o recorriendo su comarca, o aportando conocimiento técnico cuando haga falta, o

contribuyendo con una pequeña cantidad económica, o de mil maneras distintas. Todos ellos y todas ellas tienen que tener cabida en Podemos y es clave diseñar mecanismos que tengan en cuenta que no todo el mundo es militante y que **la participación es algo muy diverso**.

Por tanto, la participación en Podemos tiene que ser **accesible, productiva y adaptada a los diferentes perfiles de militantes o simpatizantes**. Presencial pero también telemática (formando al mismo tiempo para ayudar a superar la brecha digital), en las asambleas y también en las redes sociales, atractiva para jóvenes y mayores, pensando en las grandes ciudades pero también en el medio rural.

Despatriarcalizar Podemos

Desde el principio, en Podemos hemos entendido que el cambio político en nuestro país tendría que venir de la mano de las mujeres, excluidas durante mucho tiempo de los espacios de poder. Ya en las primeras elecciones a las que nos presentamos, las europeas de 2014, decidimos que nuestras listas fueran cremallera, porque no solo es importante el número de mujeres presentes en una lista, sino los lugares que en ella ocupan. Hemos logrado asegurar la paridad en los órganos y en las listas de Podemos, pero **queda mucho trabajo organizativo por hacer**. A partir de ahora, hay que concebir **la paridad** como **un mínimo** y no aplicar mecanismos de corrección en los casos en los que perjudiquen a las mujeres.

En nuestra sociedad, las violencias machistas son una pequeña muestra, la más dolorosa y sangrante, de la discriminación general que padece la mitad de la ciudadanía española. Recordemos que existe la brecha salarial porque las mujeres cobran menos por ser mujeres, o porque tienen peores trabajos que asumen para poder dedicarse al cuidado de la infancia y de las personas mayores dependientes (roles considerados, tradicionalmente, obligaciones *femeninas*). Tienen peores salarios para poder tener dobles y triples jornadas entre la vida laboral, personal y familiar. Hay menos mujeres en puestos directivos, en empresas del IBEX 35, en la representación simbólica y cultural del país, en los ámbitos de la historia, la literatura, las artes o las disciplinas deportivas.

En las organizaciones políticas, tradicionalmente territorio masculino y de la masculinidad, esta tendencia a la invisibilidad de las compañeras, a que no ocupen portavocías o puestos relevantes, a que su trabajo sea el valioso y anónimo de la militancia de base, también existe. Incluso en Podemos están presentes estas inercias contra las que debemos luchar todas y todos pero en primer lugar los que ocupamos responsabilidades de visibilidad, especialmente si somos hombres. Cuando hablamos de

despatriarcalizar la política nos referimos a que hay que incorporar el feminismo —la lucha por la igualdad radical de las personas sin condicionantes de ningún tipo— a nuestras prácticas organizativas y a nuestras costumbres particulares, no solamente asegurar una presencia equitativa o mayor de mujeres en los órganos y en los puestos de mayor visibilidad. La construcción épica de la masculinidad política en el seno de la izquierda y de los movimientos emancipatorios ha invisibilizado y desprestigiado la forma de lucha de las compañeras, sostenes fundamentales y secundarios —a veces no les ha quedado otra— de esa épica y de esa lucha. En ese sentido, apostar por la despatriarcalización es también apostar por nuevos principios articuladores de las prácticas organizacionales. Principios que prioricen la colaboración frente a la competencia y la deliberación frente a la imposición. Apostar por una gestión que promueva la escucha activa y el diálogo continuo con la sociedad civil y que instituya mecanismos capaces de romper las dinámicas endogámicas y autorreferenciales que pervierten el funcionamiento democrático de las organizaciones. Porque todas las personas debemos ser protagonistas, porque un partido político debe predicar con el ejemplo, porque el cambio político en este país no lo va a construir la mitad para el conjunto, sino el conjunto para el futuro de todas y todos.

En definitiva: trabajar por superar lógicas organizativas masculinizadas, basadas en la agresividad competitiva y en la simplificación entre ganadores y perdedores, suplantándolas por alternativas que, lejos de eludir los conflictos o creer ingenuamente en un ideal de consenso absoluto, apueste por la empatía y una gestión más paciente en la búsqueda de formas de articulación inclusiva de los disensos y desacuerdos.

Solo si reconocemos que nos pesa y limita una cultura patriarcal, misógina y violenta, infiltrada en los actos cotidianos y a veces inconscientes, podremos abordar la gestión de nuestro común político, conscientes de contradicciones y limitaciones, más capaces de modificar lo que es injusto e inaceptable en nuestra organización para así, también, luchar por transformar la sociedad.

No somos políticos, sino gente haciendo política

El principal problema de la política europea, a la que se incorporó tarde pero con ímpetu la política española, es **la profesionalización de la tarea política**. Esta se ejerce a través de unos partidos políticos que —en la expresión de la ciencia política— se han *cartelizado*, es decir, se han convertido en un apéndice del Estado. Este cártel determina una serie de reglas que expulsan de la política a quien no las cumple: limitación del papel de los militantes, financiación estatal y privada (legal o ilegal, como vemos

en España con la red Gürtel, la Púnica y otras), abandono de la ideología, tecnificación de la política, vinculación a grupos de poder y expectativas de regreso constante al poder a través del turnismo. Estas reglas del cártel limitan los riesgos de los partidos. Siempre manejan recursos del poder y, tarde o temprano, cuentan (contaban) con que les tocará gobernar. Ese juego cerrado lleva a que todos los partidos del cártel manejen unos mismos criterios políticos, a que no pongan en peligro ese espacio compartido, a que limiten su competición a una apariencia que cubra las expectativas de representación de modelos diferentes. Pero todo se va convirtiendo en una farsa que se expresa de manera clara cuando los mismos bancos financian a los partidos endeudados.

La «clase» o «casta» política tiene que renovarse con gente normal cuyas expectativas no sean tener una biografía política de veinte o treinta años en cargos públicos. Esa longevidad burocrática de la política convierte al Senado en un cementerio de elefantes, y otro tanto ocurre con el Parlamento Europeo. La política de partidos necesita de savia nueva en la gestión de lo público, de gente que aporte a la experiencia de lo estatal la experiencia de la vida de la sociedad, que lleve a las instituciones las dificultades de los autónomos, la gestión de pequeñas empresas agrícolas, el trato con pacientes, con estudiantes o con clientes, la dirección de empresas, el conocimiento de otros países, la dureza del empleo precario y el drama del desempleo, la gestión de la vida familiar, el conocimiento concreto de las finanzas y de las nuevas tecnologías... En definitiva, gente haciendo política en vez de políticos repitiendo los lugares comunes de la política.

Tenemos que vacunarnos ante la posibilidad de la cartelización y eso no solo se consigue limitándonos los salarios y los mandatos. Podemos debe ser una herramienta porosa que escuche y promueva la participación activa de sus militantes. Tenemos que blindarnos contra la acumulación de cargos para evitar que el partido esté en manos de cargos públicos. **En Podemos no puede haber más de dos cargos, de dedicación intensiva, uno interno y otro externo, salvo en los casos en donde ser miembro de un cargo obligue a ser antes de otro** (por ejemplo miembros del Consejo Ciudadano en tanto que secretarios generales o senadores autonómicos). Además, los cargos públicos deben rendir cuentas ante los órganos democráticos, los Círculos, la militancia y también ante los movimientos sociales.

Los movimientos sociales son un termómetro de las carencias de una sociedad. Escucharlos es una obligación. En los Ayuntamientos democráticos, en 1979, buena parte de los cuadros de los nuevos municipios provenían de los movimientos sociales. Es verdad que el movimiento se vació, con terribles consecuencias posteriores, pero también es cierto que fueron los activistas sociales los que llenaron de contenido demo-

crático los Ayuntamientos. Hoy tenemos que repetir lo mejor de aquel proceso sin caer en sus errores. Los movimientos señalan las carencias de la sociedad y es nuestra obligación en el Parlamento convertir cada carencia en un derecho.

Por eso **el papel de los cargos públicos no puede limitarse al trabajo en los diferentes parlamentos**. Su principal función debe ser la de ser «**activistas institucionales**». Debemos estar en todos y cada uno de los conflictos sociales y escuchar a los movimientos. Tenemos que trabajar codo a codo con ellos, respetando siempre su autonomía. Los movimientos señalan las carencias de la sociedad y es nuestra obligación en el Parlamento trabajar para convertir cada carencia en un derecho. Debemos ser capaces de articular las demandas de la ciudadanía y llevar su voz a las instituciones introduciendo en la agenda política aquellas medidas que resuelvan los problemas de la gente para que nunca más las instituciones vivan a espaldas del país.

La construcción del pueblo no es un relato, debe ser una práctica política cotidiana donde el pueblo, la gente humilde a la que se ha excluido e ignorado durante demasiados años, pase a ser la protagonista del cambio. Para eso es necesario el empoderamiento popular: para que se politice lo que hasta ahora eran considerados problemas individuales, siguiendo la lección que nos enseñó la PAH. El objetivo debe ser **transformar toda esa fuerza popular en un mecanismo de articulación de una nueva institucionalidad que construya democracia y formas de vida en común que acaben con la lógica del individualismo competitivo**.

Un ensayo general del futuro gobierno

En momentos de recortes de los servicios sociales, el buen funcionamiento del Estado es esencial para el funcionamiento de la democracia, y la garantía de esa tarea reside en una función pública capaz de ejecutar políticas para las mayorías.

Sin embargo, uno de los problemas repetidos del funcionamiento de lo público tiene que ver con los cuellos de botella de la burocracia. El Estado es capaz de seleccionar cuerpos expertos en diferentes ámbitos sociales con extrema capacidad —pensemos en médicos y maestros— pero, al mismo tiempo, es una queja constante que la maraña burocrática termina a menudo con apagar el genio de los trabajadores y las trabajadoras públicos. La actualización política de la maquinaria estatal con expertos que han podido estudiar y vivir los problemas desde fuera es una oportunidad excelente para que la política ayude a aportar nuevas ideas al funcionamiento del aparato estatal.

El **diálogo entre el Estado y la sociedad civil** alimenta las posibilidades de mayor excelencia en el resultado final. Al juntarse las capacidades de lo público estatal con los ámbitos que nacen de la sociedad civil con compromiso público se alumbran ángulos que permanecen en la sombra cuando no se da ese diálogo. Al igual que la multidisciplinariedad alumbraba mejores resultados científicos, la existencia de equipos expertos comprometidos con el desarrollo del país promete logros inéditos. Ese diálogo no puede estar guiado por el interés empresarial y tampoco desde intereses cortoplacistas electorales. El desarrollo industrial, el crecimiento de las ciudades, el mejoramiento del transporte, la construcción ecológica, las energías renovables, el gobierno europeo multinivel, las nuevas formas de gobierno electrónico, los efectos de la robotización de la economía, el envejecimiento de la población, los procesos de desarrollo en países con tensiones migratorias, la economía municipal, la gestión de los bienes comunes, la cooperación económica global, las redes tecnológicas, el desarrollo de los transportes, y un largo etcétera, son todos ámbitos que reciben un impulso desde la sociedad civil que necesita ser articulado con lo público para que la sociedad en conjunto se beneficie de esos desarrollos.

Esta vinculación entre conocimiento experto y Estado tiene que irse articulando en los años previos a la llegada al gobierno. La previsión de una legislatura larga gracias a la entrega del PSOE a las necesidades del PP nos otorgan ese tiempo para ir experimentando estas relaciones, que deberá ir construyendo una agenda concreta. El grupo encargado de evaluar las políticas públicas del gobierno restaurador, de ir explorando vías alternativas y de articular la participación de los expertos en el diseño de futuras políticas públicas debe concebir su actuación como un ensayo general del futuro gobierno de España.

Esta fórmula de ensayo general tiene una larga tradición en Inglaterra y permite ir construyendo perfiles políticos y técnicos para evitar las sorpresas de los nombramientos caprichosos a los que nos tiene acostumbrada la política turnista. Sirve igualmente para evitar la incertidumbre propia de un mundo global dominado por los poderes financieros. Y, en nuestro caso, tiene que servir para que las españolas y los españoles conozcan la alternativa de gobierno de Podemos, de modo que no limite el trabajo institucional al mero acompañamiento parlamentario, sino que permita ir sentando las bases del futuro gobierno que se ofrece como alternativa.